

TAUROHUMOR

Conversaciones

Taurinas

Por ENRIQUE GUARNER

Cuando casi todos los domingos asisto a las corridas de toros(?) en la Monumental Plaza México, abandono desde el mismo momento en que dirijo hacia el coso mis características como ser civilizado. Resulta vano el que los aficionados gastemos nuestra inteligencia tratando de probar que en los festejos surjan emociones finas, porque en este tipo de espectáculos lo que predomina es el instinto. Si no fuera así, nunca podríamos aceptar la visión del peligro en el ruedo estando cómodamente a salvo sentados en los tendidos. Es por ello que en el fondo de nuestro ser, solamente nos conmueve el dolor de una grave cornada.

Sin embargo, con enorme descaro en México, y peor aún en la capital, hemos prescindido enteramente de la sensación de peligro, aceptando en forma vergonzosa el que se lidien bureles sin edad y manipulados en sus cornamentas. Si no fuera así, la empresa hubiera aceptado sin temor alguno, la presencia en el laboratorio de la plaza de los dos médicos veterinarios calificados de la UNAM, como son el doctor Santiago Aja Guardiola y Luis Miguel Berjón, quienes son responsables, honestos e internacionalmente reconocidos y nunca se hubieran prestado a los dictámenes que remite el inexperto e incapaz doctor Luis Ignacio Montesinos.

Dije anteriormente que lo único que me conmueve en las corridas es la cogida que pudiera sufrir el torero y rara vez experimento nada ante el dolor del cornúpeto. La razón parte de que no me identifico con el bovino, al igual que tampoco lo hago con los pescados, los pollos y todos los productos de origen animal de los cuales soy predador. Alguien pudiera preguntarme sobre el sentido de las corridas en México, las cuales han perdido el elemento peligro que resulta el principal de la fiesta y mi respuesta inmediata es que sigo asistiendo, porque de repente se produce un fugaz instante artístico.

Lo anterior lo estábamos viviendo con la bellísima faena que Enrique Ponce le estaba ejecutando a *Anda Solo*, marcado con el número 40, con 487 kilos, negro listón cornidelantero, procedente de la ganadería de Vicky de la Mora. Este burel era alegre, bravo y noble, y el torero le instrumentaba paseos con enorme estética, pero inexplicablemente un individuo exaltado en el tendido de sol, comenzó a recordarle al valenciano el olvido sexual en que se encontraba su madre. Lo curioso del asunto, fue que el sujeto vehemente halló en seguida, un coro que se unió a él, y de repente en el tendido se perdió la serenidad, y un grupo se precipitó como un torbellino

repetiéndole a Enrique Ponce el inicuo descuido de abandonar los impulsos eróticos de su figura materna. Como yo no me uní a esa agrupación decidí que de cualquier manera, sería interesante el que *Novedades* conociera la opinión de uno de esos exaltados y me aproximé hacia él para cuestionarlo sobre su actitud en cuanto a los problemas sexuales de la madre del torero, y esto fue lo que me respondió:

-Mire Usted, nosotros a la señora Martínez de Ponce ni la conocemos. Es más, por ser de Valencia, seguramente sabrá cocinar sabrosas paellas, pero lo que pretendemos al relacionarle la madre al torero, es recordarle su desconsideración hacia nosotros. En primer lugar le diré que es *gachupín*, y por lo tanto enemigo de nuestro pueblo que fue conquistado en 1520 por Hernán Cortés...

Lógicamente, interrumpí a esa persona recordándole que el hecho histórico al que se refería, sucedió hace 480 años, y que además la agrupación de los *gachupines*, apenas sobrepasaba la cifra de quinientos, los cuales no hubieran podido llevar a cabo la conquista si no se les hubieran unido las tribus aledañas, que como todos los habitantes actuales ahora bajo el PRI, eran entonces esquilmados con tributos por el gobierno azteca enclavado en Tenochtitlan.

El sujeto en cuestión me miró asombrado y no encontró argumento alguno para contradecirme, pero prosiguió con las ideas que habían desencadenado su exaltación contra la madre del torero y manifestó lo siguiente:

-No voy a entrar en temas históricos que no son mi fuerte, pero fíjese Usted en lo molesto que debe ser para el compadre *Zotoluco* que no sabe dar un pase limpio, el enfrentarse con Ponce que tiene arte y elegancia. Por lo tanto, la mamacita del valenciano al parirlo lo hizo demasiado bonito y le inculcó ese talento para torear con destreza y elegancia. En cambio el *Zotoluco* de Azcapotzalco, nació *estrellado*, llevando sangre mezclada de los otomís con los teotihuacanos.

Vuelvo a interrumpirlo para comentarle que no entiendo el porqué había dicho que no sabía historia, puesto que conoce muy bien los orígenes de las poblaciones prehispánicas. En ese momento le pregunto con quién tengo el gusto de platicar, y sin más, me contestó entregándome su tarjeta de visita:

-JOSE RUBEN MARTINEZ PONCE DE LEON... a sus órdenes.

Sin tener más que agregar, me acordé de la aportación de Sigmund Freud en 1911, cuando describió el mecanismo defensivo de la proyección diciendo: *Es la tendencia o acto de atribuir ciertos procesos mentales reprimidos, cuyo origen personal no se reconoce a las personas que viven en el mundo exterior.*